



CAPÍTULO III

El Paraíso de Dios.

I

EL Señor Dios había plantado desde el principio un Paraíso de delicias en el cual había toda suerte de árboles muy hermosos á la vista, y que llevaban deliciosos frutos. Había también en ese lugar de delicias el árbol de la vida (1). Y el Paraíso estaba regado por un río caudaloso, que, al salir de ese lugar de delicias, dividía sus aguas, formándose con ellas el Fisión, el Gehón, el Tigris y el Eufrates.

Dios puso al hombre en el Paraíso para que lo guardase y lo cultivase. En él vivieron nuestros primeros padres mientras conservaron la inocencia, y de él los arrojó su culpa. Dios puso ante las puertas del Paraíso, un querubín para impedir la entrada.

No hablamos nosotros de ese paraíso en que fué consumada la primera culpa, y en el cual se

(1) Gen., II, 8-14.

oyeron las terribles maldiciones del Eterno contra los culpables. Dios crió otro paraíso más santo y hermoso que el primero; y si éste fué dado para su mansión á Adán y á Eva, el segundo Dios lo reservó para Sí mismo, para tener en él sus delicias.

Este paraíso de Dios es un huerto cerrado, una fuente sellada; huerto que produce los más deliciosos frutos, y en el que germina todo género de flores, y en donde se respira la celestial fragancia de todas las virtudes. Huerto inviolable á todas las asechanzas de los enemigos. Fuente sellada con el sello de toda la Trinidad (1).

Este paraíso amensísimo fué plantado hacia el Oriente, por la diestrá poderosa y benignísima del Señor, que puso en él la fragante azucena y la rosa inmarcesible para medicina de los desgraciados que habían bebido las aguas amargas de la culpa, y el árbol de la vida que hace inmortales á los que gustan la suavidad de sus frutos (2).

La Hija predilecta del Padre celestial, la que llevó en su seno al Verbo de Dios y es su verdadera Madre, la esposa inmaculada y santa del Espíritu divino, es el paraíso de Dios, el lugar de las delicias divinas, de quien trataremos en este capítulo.

En ese paraíso hay una fuente de agua viva, un árbol de vida, una azucena de celestial pureza, y una rosa bellísima que nunca se marchita, y cuya

(1) Hieron., de Assump. de B. M. V.

(2) De German, in Praesente Deipar.

fragancia llena de delicias nuestro corazón. Ese paraíso es inviolable; no es un ángel quien lo guarda; es la Trinidad divina la que ha grabado sobre sus puertas su inviolable y sacrosanto sello.

Un río salía del lugar de las delicias para regar el paraíso. Apliquemos á nuestra amadísima Señora, la Virgen María, estas palabras. Es Ella el paraíso de Dios; y en ese paraíso hay un río caudaloso que continuamente lo riega; río de gracia que saliendo de madre inunda toda la tierra.—Cuando Gabriel anunció á María el misterio de la Encarnación, la saludó llena de gracia; y díjole después, que el Espíritu divino descendería sobre Ella; mas las nuevas gracias con que Dios había de enriquecerla, tenían que comunicarse á los hombres, pues ya la sacrosanta Virgen estaba enriquecida hasta lo sumo con los preciosos dones del Señor, y por tanto las que traería consigo el Espíritu divino al descender sobre María se darían en bien de aquellos por quienes se dignaba encarnar el Hijo de Dios; si por la divina misericordia nos corresponden esas gracias, ¿quién será la encargada de Dios para hacer que lleguen á nosotros? Recordemos el siguiente pasaje del Génesis en que se refiere que Abraham mandó á su mayordomo á buscar mujer para Isaac. Ese mayordomo oraba al Señor en estos términos: Oh Señor, Dios de Abraham, asísteme hoy, te lo ruego, y haz misericordia con Abraham mi Señor. Yo estoy junto á la fuente del agua, y las hijas de los moradores de esta ciudad saldrán para llevarla en sus vasijas. Te ruego que á la joven á quien yo dijere: Inclina tu vasija para

beber, y ella contestase: bebe, y también daré de beber á tus camellos; que ella sea la que Tú has preparado para tu siervo Isaac. Rebeca fué esa joven, que hizo cuanto el mayordomo de Abraham había pedido al Señor. Ese mayordomo, meditando y silencioso, contemplaba á la hermosísima Rebeca (1).

Tenemos que imitar la conducta del siervo de Abraham. Si pedimos á la Madre de Dios que nos dé de beber, no nos negará lo que no negó Rebeca á quien le pidió un poco de agua; mas el agua que tendrá que darnos la sagrada Virgen, abrirá en nuestro seno una fuente de agua viva que salte hasta la vida eterna: nos dará el conocimiento y el amor de su Hijo Jesucristo.

A nuestra vez, silenciosos y meditabundos, contemplemos la hermosura de María, y la abundancia de su gran misericordia.—Bebed, nos dice, é inclina á nosotros á Jesús que descendió del cielo para dar de beber á los sedientos.—Bebed, nos dice otra vez la Madre divina; y mientras más la contemplamos, y nos acercamos más á Ella, aumenta otro tanto en nosotros el conocimiento y el amor de Jesucristo. Es bellísima la Madre de Jesús; su gracia es inmensa (2), y sus misericordias son innumerables; y todo esto no es sino el purísimo reflejo de la hermosura y de la gracia, y la misericordia de su Hijo divino que inclina á nosotros nuestra dulcísima Señora en el misterio

(1) XXIV, 3-21.

(2) S. Epiph., Orat de Laud. S. M. Deip.

de su Maternidad; y nos eleva, y nos acerca al mismo Jesús, rogando por nosotros.

Meditemos en silencio el patrocinio de María, que tantos bienes nos alcanza de la misericordia del Eterno: el cautivo la libertad, el enfermo la salud, el pecador el perdón, y el justo el aumento en la gracia; y todo esto porque nadie como la inmaculada y santa Virgen, ha recibido las aguas de la gracia, que, rebosando de su purísimo seno, se comunican á todos los hombres. Nadie como Ella ha brillado á los ojos del Eterno con una pureza tan perfecta, ni se ha acercado tanto á Dios, ni ha recibido tan preciosos dones de la diestra del Excelso. Nadie como Ella pudo estrechar á Dios entre sus brazos, ni goza tan perfectamente de la visión beatífica; porque Dios no sólo es su Criador y su Señor, sino su Hijo verdadero, á quien llevó en su seno, y alimentó con su leche virginal (1). Por esto,—decía San Sofronio,—oh Madre, he clamado á tí, y clamaré una y otra vez, saludándote llena de gracia.

Estamos junto á la fuente del agua viva; ¿quién nos ha acercado á esa fuente? La gracia de Dios, que por María nos ha dicho: Sedientos, venid á las aguas; y venimos llenos de confianza, porque una larga experiencia jamás interrumpida nos asegura de la misericordia de María; porque es piadosísima, y su corazón inmaculado es el vivo y rico manantial de la divina gracia; y María está oyendo sin cesar estas palabras: Derrámense tus

(1) Sofron., In Deip. Annuntiat.

fuentes por fuera, y divide tus aguas por las plazas (1).

Bebamos en esos ricos manantiales, y apaguemos en ellos la sed de las pasiones que abrasan nuestras almas al retirarnos del amor sacrosanto de María, al buscar en los afectos de la tierra la verdadera dicha, que sólo nos viene del Señor.

Oh fuente de vida, manantial inagotable de clemencia, oh Madre de la gracia, dejadnos beber de las límpidas aguas que sin cesar rebosan de vuestro corazón inmaculado; y en él hallemos el remedio de todos nuestros males; comunicadnos el espíritu de la humildad, de la pureza, del recogimiento y la oración. Bebed,—decidnos una y otra vez, con amor de madre,—bebed las purísimas aguas que salen de mi seno; y hallaréis en ellas la abundancia de los bienes celestiales. Yo soy la fuente del paraíso de Dios, la fuente de aguas vivas que bajan con ímpetu del monte Libano (2).

En el paraíso de Dios, en María, hallamos el árbol de la vida, cuyo fruto dulcísimo es el alimento de los ángeles, el trigo de los escogidos, el vino que engendra vírgenes; y quien lo comiere tendrá la vida eterna.

María estrecha entre sus brazos á su Hijo divino. Contemplemos un instante á la Madre y al Hijo: la Madre es el Refugio de los pecadores, y el Hijo el Redentor de los hombres. No podemos separar al uno de la otra; porque si todo nos vie-

(1) Prov., V, 16.

(2) Cant., IV, 15.

ne de Jesús, que es el autor de la gracia, ésta nos llega por manos de María; porque el mismo Jesús así lo ha dispuesto. Quiere honrar á su divina Madre; y la hace perenne surtidor de sus misericordias, canal precioso por donde llegan á nosotros sus bondades.

Dicen la Iglesia que María ligaba las manos del Niño Jesús: *stricta cingit fascia*; después el mismo Jesús ha ligado sus manos divinas, no concediendo cosa alguna sino por medio de su santa Madre; y María será quien desate esas manos, que pondrán en las suyas los tesoros de la gracia con que en seguida tendrá que enriquecernos. Podemos, pues, exclamar con San Bernardo: ¡Oh benignidad incomparable del Hijo de Dios, oh dignidad excelentísima de María, á quien Dios ha amado con tan singular cariño!

Damos á la purísima Virgen María el título sagrado de Refugio de los pecadores: este es su oficio, y esta es su más deliciosa ocupación, relativamente á nosotros: defendernos, rogar por nosotros, consolarnos y cubrirnos con su protección poderosísima.

Nada puede faltarnos teniendo á María de nuestra parte, porque lleva en brazos, para la dicha de los hombres, á su Hijo divino, fruto de su vientre virginal, el Niño Jesús que da la vida al mundo.— Esta dignidad incomparable de María, nos manifiesta cuán elevada está sobre las demás criaturas; mas su elevación no nos impide obtener por su medio las divinas gracias, pues siempre lleva en sus brazos al que descendió del cielo por salvar-

nos, y se humilló por nosotros hasta morir en una cruz.

La elevación incomparable de María no la impide el derramar sus gracias sobre los hombres. Pues podemos decir: Subiré á la palmera y cogereé sus frutos (1); Ella misma nos hará subir, porque es la escala de los pecadores, y se adelanta á los que la aman, y los atrae con la suavidad de sus encantos, los busca y se les presenta en los caminos, llena de alegría, y cuida de sus hijos en todas sus necesidades (2).

Subiremos á la hermosa palmera, que nos ofrece el fruto de la vida eterna, su divino Hijo, que lleva siempre consigo.—María, al dejársenos ver tan pura y hermosa, elevará nuestro corazón hasta el Señor: pensaremos en Jesús y le daremos todo nuestro afecto. Mas si acaso tememos las miradas del Niño, aunque María le lleve en sus brazos, ocultémonos bajo la sombra de la dulce Madre; abracemos sus pies, y pidámosle que haga descender hasta nosotros, hasta el polvo y la nada que somos, la gracia de Jesús y las dulzuras de su santo amor. Descansemos bajo la sombra de María, y nos dará á gustar la suavidad del riquísimo fruto de su seno; y no temamos que al implorar su auxilio nos deje sin consuelo, porque Ella no examina nuestros méritos para ver si somos dignos de su santo patrocinio; porque Ella, dice San Bernardo, á todos escucha, es para con todos clementísima y

(1) Cant., VII, 8.

(2) Sap., VI, 14, 17.

se apiada de las necesidades de todos los hombres, con un afecto lleno de la más dulce y tierna compasión.—Es María, continúa San Bernardo, la mujer prometida por Dios que quebrantó la cabeza de la antigua serpiente, y que siempre ha triunfado de los enemigos del Señor, y por esto todas las naciones la llaman bienaventurada; es la medianera entre Jesucristo y la Iglesia; es la mujer vestida del sol, y que tiene la luna rendida á sus pies. Sigamos las huellas de María, y abracemos sus pies virginales, pidiendo con toda humildad que nos bendiga. Tengámosla siempre con nosotros, y no la dejemos mientras no nos dé su bendición (1).

Oh Madre benignísima, mantenednos siempre bajo vuestro dulce y celestial amparo; y dadnos á gustar el suavísimo fruto de vuestro seno. Protegidos por Vos, nada temeremos; y alimentados con el fruto de vida que tenéis en vuestros brazos, no desearemos las delicias de la tierra; y la paz de Dios, con todos sus encantos, reinará en nosotros.

II

Entre las bellas y fragantes flores que engalanan el paraíso de Dios, se distinguen la cándida azucena y la rosa de vivísimos colores: la pureza virginal y el amor de Dios; y la una y el otro nos hablan de María. ¿Hay pureza alguna, después de la de Dios, que pueda compararse con la santa pu-

(1) De XII Stellis.

reza de María? ¿Hay algún amor que iguale al de esta Niña, que no es sino llama vivísima y ardiente de divina caridad?

La pureza de María es luz indeficiente que jamás amortigua sus vivos resplandores, y no tiene mancha alguna. ¡Oh cuánta es la hermosura de esa luz: en ella se retrata, como en espejo sin mancilla, la majestad de Dios que la ilumina con una claridad perfectísima y sagrada, con una pureza jamás concedida á otra criatura.

Sumergida la Virgen santísima en el océano de la luz increada, contempla la hermosura de Dios, y su bondad divina, y las gracias mil y mil con que se ha dignado enriquecerla; y queda transformada en Dios, á quien conoce y ama con un conocimiento y un amor que no podemos comprender; y Dios, que es caridad infinita y que ama tanto á los hombres, comunica este fuego de caridad inextinguible y ardentísima á la más amada de todas sus criaturas, á María, que nos ama, después del mismo Dios, como nadie nos ha podido amar. En virtud de su altísima é incomparable pureza, María contempla á Dios con más claridad y perfección que las otras criaturas; y Dios le descubre como á ninguna, cuánto es lo que debe amar á los hombres, y cómo debe interesarse por su eterna dicha, y rogar por ellos sin descanso.—Si no viera todos nuestros males, ó si no estuviese tan llena de amor hacia nosotros, miserables pecadores, no serían por ventura tan ardientes y continuas sus plegarias; mas, por dicha nuestra, nada se le oculta, y sabe cuántas son nuestras desgra-

cias, y cuánto es el peso del dolor que nos oprime, y nos ama con el más compasivo y delicado afecto. Todo esto lo contempla en Dios, y ve lo que el Señor nos ama.

De esta manera la pureza de María, tan bella y atractiva por sí misma, se nos presenta engalanada con la hermosura y los divinos encantos del amor. ¿Quién no te amará, pureza de María, tan santa y perfecta? Nos rendimos á los pies de la sagrada Virgen, y lloramos de ternura. Bendita sea mil veces su santísima pureza.

La pureza de María pudiera alejarnos de nuestra dulce Madre, si sólo pensásemos en lo que somos, abominables pecadores; mas pensamos en su caridad inagotable, y en la compasión que saben inspirarle nuestros males. Nadie conoce como esta santa Niña, cuánta es la dicha que trae consigo la divina gracia; y no ignora la infelicidad y la miseria de los pobres pecadores; y el corazón dulcísimo de María, nuestro Refugio, quiere comunicarles su propia dicha, pues el bien de que goza es infinito, y no podrá disminuirse porque de él participen los hombres.—Ruega por ellos, y sus oraciones se elevan hasta el trono de Dios con la suavidad y fragancia del incienso; presenta sus méritos santísimos y los del Niño que lleva en sus brazos, y nos obtiene la reconciliación y la vida, pues todo esto es para nosotros el Hijo de Dios.

María quiere extender entre los hombres la santidad y la pureza, que tan agradables los hacen á los ojos del Señor. Ella es más santa que la misma

santidad, y su pureza excede á la de todos los ángeles del cielo, nos ha dicho el Angel de la Concepción Inmaculada,—que así queremos llamar al inmortal Pío IX, que vino al mundo para definir ese dogma tan precioso y amado. La pureza, pues, insta y hace una dulce violencia al corazón de María, pidiéndole que ruegue por nosotros. ¿Dejaremos de amar una pureza tan hermosa y perfecta en sí misma, que así obliga nuestra gratitud? ¡Oh Madre divina, bendita sea mil veces vuestra inmaculada y santísima pureza!

Si María tanto se interesa por nosotros, porque es purísima y sin mancha, porque es la cándida azucena del paraíso de Dios; ¿qué no hará en virtud de su amor ardentísimo á Dios y á los hombres? Es la rosa inmarcesible que simboliza en sus colores el fuego de la santa caridad. La caridad nunca desfallece, y es benignísima y amable, activa en todas sus obras, y siempre tiene su mirada en Dios. ¿En Dios solamente? En Dios y en nosotros: en Dios que es su último fin y el eterno descanso de todos sus afectos; en nosotros á quienes cuida y ampara con delicada y tierna providencia, y defiende de todo peligro, y colma de dones celestiales.

El amor que la Virgen sagrada tiene á Dios nuestro Señor, es un misterio profundísimo que no podemos comprender; esto, sin embargo, no nos desalienta para ocuparnos en un objeto que llena nuestras almas de delicias, y que nos dará, sin duda, grandes y saludables enseñanzas. En el libro de los Cánticos se dice que está el Esposo detrás

de nuestra pared, viendo por las ventanas y dirigiendo sus miradas por las celosías (1). Así lo haremos nosotros, observando, cuanto sea posible, al través de los oscuros velos que nos ocultan los arcanos de ese amor sacratísimo verdaderamente incomprensible.

Ama la Virgen santísima á Dios nuestro Señor, con la humildad más perfecta que puede haber en el corazón de una criatura, con una confianza sin límites, con un absoluto rendimiento, con una ternura suavísima y amable, y, en una palabra, con la más perfecta y consumada entrega de todos sus afectos.

La bondad de Dios se le presenta amabilísima, é inclinándose hacia ella, con una dulzura que embalsama con suavidades celestiales, todo el corazón de María.—¿Por qué la bondad divina descubre con tanta magnificencia todos sus encantos; y por qué se comunica con tanta largueza á la Virgen santísima? Para contestar á esta pregunta no pensamos en los méritos excelsos de María, sino en Dios nuestro Señor, cuya bondad infinita es la razón de todas sus obras. Esa bondad precede á todo mérito; y si éste existe, es porque aquella bondad así lo ha dispuesto. Ella, pues, enriquece con preciosos dones á María; y entre todos ellos es el primero el amor que le tiene.

Dios la ama: la Virgen sacrosanta ¿dejará de pagar el amor de su Dios con el suyo?—Dios la ama; y El es la riquísima fuente de todos los bie-

(1) 11, 9.

nes de María; y María le ama; mas ¿en dónde están los afectos que no haya recibido del Señor, y con cuáles pudiera pagarle su cariño? Si piensa en sí misma un instante, se le presenta su extremada pobreza, la nada de su sér. Nada tiene que no haya recibido del Señor; y es nada si con El queremos compararla; y sin embargo, Dios la ama y la ha enriquecido con celestiales y preciosos dones. La ha sacado de la nada, y desde el primer instante de esta Niña la ha cubierto con el precioso y cándido ropaje de la inocencia original; y le ha señalado los más sublimes destinos que puede desempeñar una criatura. María, al pensar en esto, recoge los dones preciosos, esas gracias divinas, y todo lo ofrece al amor de su Dios; y le ama con una humildad profundísima, y reconoce y bendice la bondad infinita del Eterno, su gloriosa y soberana majestad, su grandeza adorable, y el amor que tiene á su Dios, se levanta del fondo del abismo de la nada en que oculta la humildad, á la más excelsa y perfecta de todas las criaturas.

Hay entre Dios y María una distancia infinita; Dios es el soberano Criador de todas las cosas, y María no es sino criatura. Dios la ama; y este amor María lo corresponde anonadándose á los ojos del Eterno, cuya santa grandeza enciende vivísimas y ardientes llamas de caridad inextinguible en el alma de María. ¡Oh, cuánta es la dignación de Dios nuestro Señor para con Ella, y su benignidad y su ternura!; y otra vez María, ama á su Dios con el más humilde y ardiente de todos los amores.

Cual si Dios olvidase su grandeza, pone en María las delicias de su corazón. Esta Niña se olvida de sí misma; y la que es humildísima entre todas las criaturas, se arroja, llena de confianza, en el seno de su Dios querido; y le ama con todo su cariño, con todos sus afectos; y tiene que decir: *Amore languo*. Desfallece nuestra Niña á la violencia del amor divino; mas Dios en ese instante, lleno de bondad y de ternura, le dice estas palabras: ¿Qué tienes, amadísima criatura? Soy tu Criador, no temas.—Así también habló Asuero á su esposa; y ésta le dijo: Te vi como á un ángel de Dios, y mi corazón quedó turbado por el temor de tu gloria; porque eres admirable en gran manera, y tu rostro está lleno de gracias (1). Ahora no se trata de un ángel del Señor, sino del Dios de soberana majestad; ni del temor que infunde el brillo de la gloria humana, sino del amor que tiene Dios á la más perfecta de todas sus criaturas, que si desfallece en el seno de su Amado, éste le da nuevo aliento y vigor, y nuevos incendios de santa caridad.

El amor que á Dios tiene la sagrada Virgen lleno está de suavidad y de ternura. No hay encanto ni consuelo ninguno en el corazón de María, fuera de Dios. Sólo Dios la atrae, en sólo Dios descansa, y en El solamente tiene sus delicias. Es Dios su continuo pensamiento; y María no se ocupa sino en cumplir la voluntad divina, que es la luz de su alma, su fortaleza y alivio, el delicado

(1) XV, 12, 16, 17.

manjar que la sustenta, y el deseo que vivifica y enardece todas sus acciones.

En virtud de su humildad y su confianza, María reposa en el seno del Señor con una seguridad imperturbable; le entrega el corazón sin reserva ninguna, y le hace dueño de todos sus afectos; y Dios penetra en ese corazón inmaculado, y lo unge con la suavidad de su divino Espíritu; y María se une más y más á Dios con toda su ternura, con los sacratísimos y dulces afectos de la más encendida caridad.

El amor purísimo y ardiente de la sagrada Virgen, nada se reserva, todo es de Dios; y vive solamente para servir y agradar al único dueño de todo su cariño. Mas no solamente ama á Dios, sino también á los hombres. Este amor no tiene su origen en nuestra amantísima Señora, sino en la bondad divina, que María contempla con mirada apacible y llena de delicias. Allí es donde aprende cuánto es el amor que nos ha de dispensar; y la bondad de Dios se derrama en Ella para nuestro bien.

En virtud del amor que tiene Dios á los hombres, les dió á su Hijo Unigénito, y lo entregó á la muerte para dar la vida á los miserables pecadores. No quiso que el pecado nos dejase sin remedio; y á fin de curar nuestras enfermedades, y sanarnos de los males causados por la culpa, entregó á la muerte al Autor de la vida. Ahora bien: María no ha sido ni puede ser indiferente á la enseñanza del amor divino. Dios nos ama; quiere que todos nos salvemos; y para esto nos ha dado á Jesucristo

to. María no lo ignora, y sabe que ha de practicar la enseñanza que de Dios ha recibido; y, volviéndose á nosotros, nos da su corazón; y el amor que nos tiene la hace enteramente nuestra; trabaja, y seguirá trabajando sin descanso por salvarnos. Piensa siempre en nosotros con maternal cariño. ¿Qué madre hay como Ella? Y ¿dónde hallaremos alguna que en el amor á sus hijos pudiera compararse con María, que nos ama con el más tierno y delicado amor que podemos comprender, salvo el que nos tiene, en su bondad divina, Dios nuestro Señor?

Nacen del amor que nos tiene nuestra dulce Madre, su vigilancia y sus desvelos, y sus ardientes plegarias por nosotros, y el tomar por suyos nuestros intereses, y las gracias y favores que de Dios nos alcanza.

Ella es quien aparta de nosotros los peligros, y la que trata de volvernos al Señor, si de El nos hemos separado por la culpa. Recordemos las siguientes palabras de la madre de los Macabeos, y pensemos después en lo que ha hecho María por nosotros: Hijo mío,—decía aquella madre al menor de sus hijos,—apiádate de mí; y recuerda que nueve meses te llevé en mi seno, y que durante tres años te alimenté con mi leche, te he cuidado hasta la edad que tienes (1). También nosotros hemos oído mil veces, en el fondo del alma, estas amorosísimas palabras: Ten compasión de mí, nos ha dicho la más tierna y cuidadosa de todas las ma-

(1) II, Cap. VII, 27.

dres; y al decirlo, como la madre de los Macabeos, se inclina hacia nosotros, para que nos lleguen hasta el corazón, y lo conmuevan, y lo rindan á los pies de María.

Tened compasión de mí, vuelve á decirnos. Y ¿no la tendremos? Se deshacen en llanto nuestros ojos, enmudece la lengua, y nos rendimos al amor de nuestra dulce Madre. Nos ha encadenado; somos sus siervos, somos sus esclavos, sus indignos hijos, y es suyo todo nuestro amor.

La Virgen santísima en su amor á Dios nos da la más hermosa y saludable enseñanza. María eleva hasta el Señor su corazón inmaculado, sin olvidar cuán lejos se halla de la grandeza infinita del Eterno, de quien vienen todas las gracias y favores que tanto la hermosean. Ama á su Dios con sagrada y filial ternura, con una confianza tan firme, que nada puede turbar, y por último, le consagra sin reserva ninguna todos sus afectos.

¿No será nuestra gloria seguir las huellas luminosas de nuestra Madre querida, imitando sus santísimos ejemplos? Amemos, pues, á Dios, sin olvidar que entre El y nosotros existe un abismo que nadie puede franquear, una distancia infinita; que El es el soberano Criador á quien pertenece toda gloria, y que nosotros no somos sino polvo y nada, unos miserables pecadores indignos de amarle; que si acepta nuestros afectos, es por causa de Sí mismo, por su bondad infinita. Amémosle con ternura inmensa, y con una filial confianza; porque es dignísimo de todo amor, y recibe con agrado los afectos que le dirigimos; amémosle con la más

sincera y profunda gratitud, porque así lo piden los innumerables beneficios que se digna concedernos. El sea el único amor de nuestras almas.

Pongamos de nuevo los ojos en María; y al ver el amor que tiene á los hombres, y los grandes beneficios que derrama sobre ellos, confesemos que nos es indispensable amarlos, porque son nuestros hermanos; y que debemos hacer por su bien cuanto podamos, si hemos de imitar á nuestra dulce Madre.

Al amar á un hombre, amamos á un hijo de María, á quien esta Madre ama con ternura, á quien defiende y ampara, y por quien ruega al Señor.

Al no amar á nuestros prójimos, á los hijos queridos de María, contristaríamos el corazón de tan piadosa Madre: ¿pasaremos por esto? Aunque no hubiese otro motivo para amar á los hombres, sería más que suficiente el que hemos señalado.

Amemos al prójimo, porque Dios lo manda; porque el prójimo es hermano de Jesús, que es nuestro hermano; y al cumplir con el deber á que nos referimos, llenamos de alegría y consuelo á nuestra dulce Madre.

Oh Madre santísima, ¿quién entre todas las criaturas conoce como Vos el amor de Dios á los hombres, y cuán sincera y generosa es la voluntad que tiene de salvarlos? No ignoráis de qué manera nos ha manifestado su ternura. Por vuestra parte, ¿qué haréis por nosotros? Lo que siempre habéis hecho y en adelante seguiréis haciendo: cubrirnos con los méritos de Jesucristo y con los vuestros, alejar las iras del Señor y rogar por nos-

otros. Siempre habéis sido, oh Madre amabilísima, el inviolable y sagrado Refugio de los pecadores; y á Vos acudimos llenos de confianza. Acordaos del amor que Dios nos tiene y de lo que ha hecho por nosotros; oid lo que os pide vuestro corazón, tan tierno y compasivo; lo que os dice el amor que á Dios tenéis, y apiadaos de vuestros hijos. ¿No sentís que la misericordia conmueve vuestras purísimas entrañas pidiéndoos que roguéis por nosotros? Nos amáis, bien lo sabemos; y el amor que tenéis á los pobres pecadores no permite que lleguéis á olvidarlos; en ese amor está nuestra confianza, y no quedaremos confundidos.





CAPÍTULO IV

La Ciudad de Refugio.

I

EL que es Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, y que siempre está inclinado á hacer bien á los hombres, dispuso en la antigua Ley lo siguiente: Cuando el Señor tu Dios haya exterminado á los pueblos cuya tierra te ha de dar, y la poseyeres, y habitares en las ciudades y casas del país, destinarás tres ciudades en medio de la tierra de que te dará posesión el Señor tu Dios. Tendrás cuidado de allanar el camino, y de dividir en tres partes iguales toda la extensión de la tierra que has de poseer, para que el que se vea obligado á huir por causa de homicidio, tenga un lugar cercano á donde pueda refugiarse con seguridad..... Cuando el Señor tu Dios haya ensanchado tus límites, como lo aseguró con juramento á tus padres, y cuando te haya dado toda la tierra que les prometió..... añadirás á estas ciudades otras tres (1).

(1) Deut., XIX, 1-3, 8-9.

Cuando apareció en el mundo la benignidad de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, y se derramaron sus misericordias sobre los hombres con admirable largueza, estableció Dios en el pueblo cristiano una ciudad de refugio, para consuelo y amparo de los miserables. Nadie ignora que esta ciudad es la purísima Virgen María, á quien llamamos Refugio de los pecadores.

Entre la ciudad de los cristianos y las que Dios estableció en la antigua Ley, existen grandes diferencias. Servían las últimas para defender á los que inculpablemente hubiesen cometido un homicidio; mas si alguno por odio á su prójimo, dice el Deuteronomio, buscó la ocasión de sorprenderle y quitarle la vida, y acometiéndole le da la muerte, y huye en seguida á una de las ciudades de refugio, los ancianos enviarán á prenderlo, y, sacándole del lugar donde se había puesto á salvo, lo entregarán al pariente de aquel cuya sangre se derramó, y le quitarán la vida (1).—En la ciudad de los cristianos pueden refugiarse todos los culpables, por más grandes que hubiesen sido sus maldades, si vienen arrepentidos á implorar las misericordias del Señor. No habrá quien los saque de esa ciudad y los entregue á la muerte; porque la Virgen santísima los ampara y defiende con amor de madre, y ruega por ellos al Señor que nunca la deja sin consuelo, ni sabe desechar sus peticiones.

El apóstol San Juan nos dice en el Apocalipsis que fué llevado en espíritu á un monte muy

(1) XIX, 11, 12.

grande y encumbrado y que vió la santa ciudad de Jerusalén, que descendía del cielo y que venía de Dios, que tenía la claridad de Dios y una luz semejante á una piedra preciosa, al jaspero, y que era transparente como cristal... Que tenía tres puertas al Oriente, tres al Norte, tres al Mediodía, y tres al Poniente. Que el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y escritos en ellos los nombres de los doce Apóstoles del Cordero... Que el muro era de piedra jaspero, y la ciudad de oro puro, y tan transparente como limpidísimo cristal. Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados de toda suerte de piedras preciosas, y el jaspero, el zafiro, la calcedonea, la esmeralda, el sardónice, el sardio, el crisólito, el verilo, el topacio, el lapizlázuli, el jacinto y la amatista. Que tenía doce puertas que eran doce perlas preciosas, y que la plaza de la ciudad era de oro puro, transparente como el cristal. Nos dice también que esta ciudad no necesita, para alumbrarse, ni del sol ni de la luna: porque la luz de Dios la ilumina, y su lumbrera es el Cordero. Al favor de su luz andarán las naciones, y los reyes de la tierra le llevarán su gloria y majestad. Sus puertas no se cerrarán al terminar el día, porque allí no habrá noche. También me mostró el ángel, dice San Juan, un río de agua viva, clara como un cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza de la ciudad, y de una y otra parte del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, y cada mes da el suyo; y las hojas del árbol sirven para curar á las naciones. Jamás habrá allí maldición

alguna; sino que Dios y el Cordero estarán de asiento en ella (1).

La purísima Virgen María, semejante á la ciudad de Dios, ha salido no del cielo próximo á la tierra, dice San Bernardo (2), sino del más elevado de todos los cielos: *A summo coelo egressio ejus*. Y en efecto, la Concepción de María, purísima y sin mancha, esa concepción que es la maravilla encantadora de la gracia, y la Maternidad divina de la Santísima Señora, están probando la elevación y la hermosura de su origen, y revelan sus altísimos destinos unidos con vínculos sagrados á los de su Hijo nuestro Señor Jesucristo, que descendió del cielo para dar vida á los hombres, y reconciliarlos con el divino Padre.

Dios zanjó los cimientos de esta purísima ciudad, sobre los montes santos; y ama sus puertas, dice David, más que todos los tabernáculos de Jacob (3). ¿A quién entre todos los santos ha amado el Señor, como á la Inmaculada y sacrosanta Virgen, que colmó de gracias desde el primer instante de su ser?

Los santos contrajeron la culpa original, y fueron hijos de ira por naturaleza; y á fin de agradecer á los ojos del Señor, fué indispensable la gracia de reparación para que en ellos tuviesen lugar estas palabras: *Abhuti estis, sanctificati estis, justificati estis* (4); lo cual no pertenece á la Madre immacu-

(1) XXI, 10 et seq.—XXII, 1-3.

(2) Sup. missus.

(3) Ps. LXXXVI, 1, 2.

(4) I Cor., VI, 11.

lada del Señor, que no fué lavada, sino concebida en gracia, que no fué santificada ni justificada, pasando de la culpa á la gracia, sino que ésta la adornó, desde el primer instante, con el purísimo ropaje de la santidad y la justicia original, y la hizo brillar con la claridad de Dios; y la luz que la iluminó desde su primer instante, fué como una piedra preciosa, y transparente como el cristal.

María, la santa ciudad donde vive de asiento el Rey de los reyes, es inviolable; porque el Señor la defiende y rodea, como un muro de fuego; y en medio de ella es glorificado el Nombre del Eterno (1).

En la ciudad de Dios no vió San Juan algún templo; porque el Señor Dios omnipotente y el Cordero son su templo. El Espíritu Santo descendió sobre María, y la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra; y lo Santo que nació de Ella, es el Hijo de Dios, que la ilumina con la luz de su divina gloria.

Las puertas de la ciudad de Dios nunca se cierran. ¿En dónde está el desdichado á quien María despidiese alguna vez sin alivio ni consuelo? ¿A quién cerró las puertas de su gran misericordia? Es María la misma clemencia, y siempre está inclinada hacia nosotros, á fin de sostener al débil, de levantar al que ha caído, y de dar consuelo á quien se haya envuelto en las sombras de la tristeza y que lleva en el alma un mundo de dolores. ¿Cómo no acudir á Ella, llenos de filial confianza en todas

(1) Zacarías, 11, 5.

nuestras penas? Siempre seremos acogidos con bondad, y jamás saldremos sin consuelo de los pies de María.

Vió San Juan un río de agua viva que manaba del solio de Dios y del Cordero; y en medio de la plaza de la ciudad, y de la una y otra parte del río, estaba el árbol de la vida. El Hijo de Dios, que procede eternamente del seno del Padre, nació en el tiempo del seno de María, y descansó dulcemente en sus brazos. Ese Hijo de Dios es el árbol de la vida, que bajó del cielo para darnos esa vida y dárnosla con abundancia; y su Madre divina, llevándole en brazos, nos le presenta como Redentor de los hombres; y nos dice que si tenemos sed, nos acerquemos á Jesús, que por medio de Ella oirá nuestras súplicas y nos dará el perdón; porque es María el precioso canal, el surtidor inagotable de la divina gracia; y es también el segurísimo Refugio de los pecadores.

Todo es admirable y grandioso en la ciudad de Dios; porque es el lugar donde El hace brillar la magnificencia de su gloria, y donde tiene guardados todos sus tesoros; sin embargo, ni la magnificencia de la ciudad de Dios nos llamará la atención, ni podremos estimar lo que valen la opulencia de sus riquezas, si Dios no nos introduce en ella, y si no abre por medio de su gracia las arcas preciosísimas donde tiene recogidas las riquezas de sus misericordias para con los hombres. Si no nos ilumina la luz del Verbo de Dios hecho hombre en las purísimas entrañas de María, ¿podremos descubrir la santidad y la belleza de María

que vienen de Jesús, que es el esplendor de la gloria del Padre? Si el Hijo de Dios no se nos descubre como de María, ¿en dónde hallaremos las riquezas de esta Madre divina? Si, pues, temiésemos que las puertas de esta santa ciudad estén cerradas por nuestras maldades; y si no hay quien nos descubra las riquezas de Dios en María, que Jesús por su gran misericordia nos dirija estas palabras: Yo iré delante de ti, y romperé las puertas de bronce y quebrantaré las barras de hierro, y todo lo que pudiere detenerte. Te daré los tesoros escondidos y las riquezas ignoradas, para que sepas que Yo soy el Señor Dios de Israel... Yo soy el Señor, y no hay otro que Yo (1).

Es nuestro amadísimo Jesús la gloria, la hermosura de la santa ciudad donde eternamente reina; es su riqueza y el esplendor de su magnificencia. El es la llave de David, llave que abre y nadie cierra, que cierra y nadie puede abrir. Debemos, por tanto, rogar al Hijo de Dios que nos dé el conocimiento y el amor de su Madre divina, á la que tanto desea ver glorificada de los hombres.

Señor, muéstranos al Padre, decía el Apóstol Felipe á su divino Maestro; y El le contestó: Felipe, quien me ve, ve á mi Padre. ¿No creéis que Yo estoy en el Padre, y el Padre está en Mí (2)? ¿Al decir nosotros á nuestro amadísimo Jesús estas palabras: Señor, dadnos el conocimiento de María é inflamad nuestras almas en su amor sa-

(1) Is., XLV, 2, 3, 6.

(2) Joann., XIV, 8, 9.

grado, Jesús nos puede contestar: ¿No creéis que Yo soy el Hijo de María? ¿Ignoráis que el amor que me tenéis se extiende á Ella, porque es mi madre, y Yo le estoy unido con inviolable y sacrosanto vínculo que nunca ha de romperse?

El Hijo de Dios oirá con agrado nuestros ruegos, y veremos en la luz de su divina Encarnación, la grandeza de María, su encantadora y celestial belleza, y los espléndidos tesoros de bondad y de clemencia que le ha comunicado su divino Hijo; y la amaremos con amor filial; porque Jesús, nuestro hermano, es Hijo de María; y nosotros sólo á Ella tenemos por madre, y madre llena de misericordia y de piedad, y nuestra única esperanza después de Jesucristo.

II

David, pensando en la pureza de la ciudad de Dios y en el amor que le tiene el Excelso, exclama diciendo: Se han dicho de ti cosas gloriosas, oh ciudad de Dios (1). A esta ciudad serán llamados todos los hombres, para que crean en Jesucristo, y consigan los beneficios de la Redención. Por esto añade el Rey Profeta: ¿No se dirá de Sión, hombres y más hombres han nacido en ella, y goza de tal prerrogativa porque el Altísimo es quien la ha fundado? Y en ella nació el Hijo de Dios, que se hizo hombre por salvarnos.

La lengua humana no puede explicar esas gran-

(1) Ps. LXXXVI, 3, 5. Maldonado, Gordoni.

dezas, ni aun los mismos ángeles serán suficientes para hacerlo (1); porque esta santísima Virgen es la cándida paloma y la celestial esposa del Eterno; es el cielo, el templo y el trono de la divinidad, que lleva en su seno inmaculado á Jesucristo, sol hermosísimo que ilumina el cielo y la tierra; y María, como nube brillantísima, lo trae en sus entrañas para iluminar al mundo con los suaves resplandores de la gracia.

No se nos oculta nuestra insuficiencia para hablar de las glorias de María; y confesamos que somos muy indignos de ocuparnos en esa materia tan sagrada; pero el amor nos hace decir con Isaías: No callaré ni descansaré un punto; porque me abraza el amor de Jerusalén; no callaré, no descansaré hasta que aparezca su Justo como la luz del día y nazca su Salvador como una lámpara brillante... Y serás una corona de gloria en las manos del Señor; y regia diadema en la mano de tu Dios... El Señor ha puesto en ti su cariño (2).

Que Jesucristo sea conocido y amado por medio de María; y que el amor de este Hijo á su divina Madre sea la delicia de los corazones que aman al uno y á la otra. Tales son los deseos de nuestras almas y lo que no nos deja vivir en el descanso, ni en una criminal ociosidad. Oímos una voz que sin cesar nos dice: Por el amor que tienes á María, no calles; publica sus glorias. Por el amor de Jesús, no descanses. Y esa voz es como

(1) S. Ephiph. De Laud. S. M. Deip.

(2) LXII, 1, 3, 4.

un impulso, un estímulo sagrado que no queremos resistir; si bien por otra parte desconfirmamos de nosotros mismos, y por esto ponemos nuestra esperanza en el Señor, y decimos con David: Dios es nuestro refugio y fortaleza... y no temeremos, aunque la tierra se trastorne y los montes sean trasladados al medio del mar. Levantaron y agitaron sus aguas; mas un río tranquilo alegra siempre la ciudad de Dios: el Altísimo ha santificado su tabernáculo: Dios está en medio de ella, y no será conmovida; Dios la protegerá desde el rayar el alba... Venid y ved las obras del Señor, y los prodigios que ha obrado sobre la tierra (1).

Ocupémonos en algunos de esos prodigios que Dios ha realizado en esa tierra bendita, en esa ciudad que le es tan amada.

Toda la Iglesia atribuye á la Virgen Santísima los versículos del Salmo que venimos comentando, por los admirables y grandes misterios á que se refieren, que con entera propiedad convienen á la purísima Virgen María. Esos misterios son los cuatro siguientes: Un río caudaloso alegra la ciudad de Dios.—El Altísimo ha santificado su tabernáculo.—Dios, que mora en medio de esa ciudad, no será conmovido.—Dios la ha ayudado desde el amanecer.—Todo esto, decimos con un gran expositor (2), tiene lugar en María, *primo, principaliter et proprie*; porque Ella fué la que vivió en esa ciudad antes que nadie, dice San Agus-

(1) Ps. XLV, 2-6, 9.

(2) Valencia, hic.

tin (1); y es Ella el miembro más glorioso y santo de la Iglesia. Y le corresponde con tanta propiedad, como estas palabras: Toda eres hermosa, y en tí no hay ninguna mancha.

No es la Virgen Santísima únicamente un río que alegra la ciudad de Dios, sino un mar de insondable profundidad en el que entran todas las gracias, tanto las que adornan á los ángeles del cielo, como las que ha comunicado Dios nuestro Señor á las demás criaturas. Es María Madre de la gracia divina, según la llama la Iglesia; porque concibió en su purísimo seno, y dió á luz al Autor de la gracia.

María es el tabernáculo de Dios; tabernáculo que resplandece con la luz de una perfecta santidad, y que ha embellecido el Eterno con todos los encantos de la misericordia. No hallaremos en ese tabernáculo sagrado la más ligera sombra de la culpa, sino la perfección de todas las virtudes. Y en ese mismo tabernáculo, se entonan sin descanso los más sublimes y armoniosos cánticos de amor y bendición á la gloria del Altísimo.

Dios nuestro Señor, que se dignó señalar para los más elevados designios á la sagrada Virgen, y que quiso morar en sus purísimas entrañas, descansó en Ella, como en el lugar de sus delicias. Nadie podrá conmoerlo, ni podrá arrojarlo de ese sitio. Quien me crió,—dícenos la Virgen de incomparable pureza,—descansó en mi morada, y me dijo: Habita en Jacob, é Israel sea tu herencia....

(1) Serm. de Nat. V. M.

Fui criada desde el principio y antes de los siglos; jamás dejaré de existir, y he servido en la morada de Dios, y delante de El mismo. He sido afirmada en Sión, y descansé en la ciudad santa, y tengo mi poder en Jerusalén (1).

Dios ha embellecido con la hermosura de la gracia á la que había de ser su divina Madre; y lo ha hecho preservándola de todo pecado desde el primer instante de esta dichosísima criatura, obra excelentísima de su poder y su bondad. Jamás llegó la culpa á la preferida del Eterno, á quien Dios poseyó desde el principio de sus caminos; Niña preciosa cuyos privilegios y grandezas estaban ordenados desde la misma eternidad; y cuando Ella vino á la existencia, la naturaleza se detuvo, mientras la gracia realizaba en María las maravillas del amor divino. El río de las gracias y de los dones del Espíritu divino, riega copiosamente el corazón inmaculado de la inocente y sacrosanta Virgen; y lo hace de tal manera, que aun llega á fecundar la carne inmaculada de esta incomparable y celestial criatura: *De plenitudine mentis fecundatur et caro*. Tal es la excelencia y el poder de la divina gracia en el seno de María; y tales son las singulares maravillas que en Ella ha realizado la diestra del Omnipotente. Podemos, pues, decir de la Esposa del Espíritu divino, que Dios ha visitado esta su tierra bendita, la ciudad de sus amores, y la ha colmado de riquezas; porque es como río caudaloso, que rebosa en las aguas de la gracia,

(1) Eccli., XXIV, 12-15.

que empapa los surcos, y multiplica sus producciones, y hace que los campos se vean llenos de toda clase de frutos, y se vean hermosas y lozanas las praderas del desierto, y los collados se vistan de gala, y resuenen por todas partes voces de alegría, y cánticos á la gloria del Señor (1). Todos recibimos de la plenitud de María; y sus riquezas de bondad y gracia, de misericordia y de clemencia, son para nosotros; porque es nuestra Madre; y Dios, al colmarla de gracias, ha tenido presentes nuestras necesidades y miserias. Por esto llegamos llenos de confianza á los pies de María, y le pedimos que nos socorra en todos nuestros males. Si esta Madre piadosa levanta sus ojos á Dios, conoce la voluntad que el Señor tiene de salvarnos; si los pone en sí misma, descubre en su corazón inmaculado la benignidad y la dulzura que la inclinan á favorecernos; y por último, si fija en nosotros sus miradas, recuerda que somos sus hijos, y que entre tanto que sentimos el peso del dolor, y que estamos rodeados de miserias, la Madre está gozando y vive en la opulencia de los bienes del Señor. Todo esto le llega al corazón, y no puede permanecer indiferente; se acerca á nosotros: es nuestra Madre, es el consuelo de los desgraciados, es el socorro de los pobres, es el Refugio de los pecadores; y nos acaricia, y limpia las lágrimas de nuestros ojos, y nos comunica sus riquezas, y nos alcanza el perdón de los pecados; y al hacer todo esto, su corazón rebosa de inefable dicha: ha cum-

(1) Ps. LXIV, 10-14.

plido la voluntad de Dios; su corazón de madre ha quedado satisfecho; han sido remediadas las necesidades de sus hijos.

¿Quién dejará de acudir, en todas sus penas, en sus peligros y miserias, al dulce patrocinio de María, que cumple la benignísima voluntad que Dios tiene de salvarnos con tanta perfección? ¿Olvidaremos que el espíritu de esa santísima Señora es más dulce que la miel, que su corazón es fuente inagotable de bondad y gracia, y que sin cesar la inclina á socorrernos? Y María ¿alejará de nosotros sus miradas, porque somos unos miserables pecadores, indignísimos de estar en su presencia? Es nuestro Refugio, y su corazón dulce y compasivo cual ninguno, después del Corazón de Jesucristo, no cambia como cambia nuestro corazón.

El río de Dios, el Hijo de Dios, alegre y llena de gracias, no sólo el alma de su santa Madre, habitando en Ella por la gracia, sino que ésta también se comunica al inmaculado cuerpo de María, en cuyo seno virginal se haría hombre por nosotros el Esplendor del Padre; y así como la humanidad de Jesucristo estuvo figurada en el arca del antiguo Testamento, que fué colocada en el tabernáculo, así en este tabernáculo estuvo figurada la Virgen santísima. Dios santificó este tabernáculo, preservándolo de toda mancha, y adornándolo de toda gracia y virtud. La santidad de ese tabernáculo de Dios es tan perfecta y admirable, que cuando tratemos del pecado, no hay que recordar á la purísima Virgen María, á quien fué dada tanta gracia para vencer al pecado, *ex omni parte*,

—dice San Agustín,—que mereció dar á luz al Redentor. No hubo lugar alguno al pecado en el cuerpo ni en el alma de María. La que tú desprecias, oh maniqueo,—hace decir San Agustín á Jesucristo,—es mi madre, y Yo la fabriqué con mis propias manos; Yo hice la madre de que había de nacer y preparé el camino que yo tenía que andar (1). Palabras que nos descubren la singularidad y perfección de esa obra de Dios, su santo tabernáculo, que no fué fabricado de una manera ordinaria; no en el pecado, sino en la gracia, preparando Dios de esta manera su propio camino, y siendo María dignísima Madre del Altísimo, que la había criado por su propia gloria (2).

La Virgen santísima se nos presenta como un río de gracias que alegra la ciudad de Dios, la santa Iglesia, que es enriquecida de dones celestiales, por la intercesión de la que todo lo alcanza de Dios con sus ardientes plegarias; mas si por Ella recibimos las divinas gracias, María antes que nosotros las recibió de Dios. Y ¿quién puede decirnos cuántos son los tesoros con que el Señor la enriqueció desde el primer instante de su Concepción Inmaculada? Pero reflexionemos solamente, en las palabras con que el ángel Gabriel la saludó, al anunciarle el gran misterio de la Encarnación: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo. Llena de gracia, y muy pronto la Divinidad la llenará de Sí misma y la cubrirá con su virtud.

(1) Contra V haereses.

(2) Valencia, expos. in Magnificat.

Llena de gracia, y todos reciben de su plenitud; y el mundo entero quedará lleno de su abundancia. María está en verdad llena de gracia; porque en Ella no hay lugar alguno al pecado, ni el menor acceso á la culpa.

El Señor es contigo: y ¿cómo? No está contigo como está conmigo, sino de una manera enteramente singular. Contigo está en el cuerpo, en la inteligencia, en el alma, en el consejo, en tu seno purísimo, en la abundancia de la gracia, en tu principio, en tu muerte, en el fin, y para siempre jamás (1).

Grande es el Señor, decía David, y digno en gran manera de ser alabado, en la ciudad de nuestro Dios (2). Adoramos al Hijo del Excelso en el seno de su Padre, y confesamos la grandeza infinita de aquel altísimo Dios y Señor que fué engendrado en los esplendores de la santidad, del seno del Padre, antes que brillase el lucero de la mañana. El Hijo del Eterno es la virtud de Dios, la sabiduría de Dios, y delante de El tiemblan las potestades del cielo. Al hacerse hombre, no ha perdido su grandeza infinita ni se ha eclipsado el purísimo brillo de su gloria; mas se ha hecho nuestro hermano, El que es grande y digno de toda alabanza, en la ciudad de nuestro Dios. Esa ciudad eternamente bendita le tiene siempre consigo; esa ciudad es María, con quien siempre hallaremos á Jesús, que nos descubre su grandeza, no con una ma-

(1) D. Thom. Villan., conc. I de Annunt.

(2) Ps. XLVII, 1.

jestad que nos llene de temor, sino embellecida con los encantos de la benignidad de Dios, y los atractivos de su gran misericordia, misericordia que siempre halla quien la busca por medio de María. Con todo esto, recordemos que quien no entra por la puerta, sino por otra parte, en el redil de las ovejas, es un ladrón (1); mas el que entra por la puerta es el pastor de las ovejas, y á éste es á quien abre el portero. Ahora bien, María es la puerta del cielo, es la ciudad de Dios que tiene doce puertas, que nunca se cierran. Si entramos por ellas, alcanzaremos la misericordia del Señor; si acudimos á María pidiéndole que ruegue por nosotros, el Pastor divino nos franqueará la entrada; y entrando por medio de María, entraremos por la virtud y gracia del Salvador de los hombres. Por lo demás, aunque nunca se cierran las puertas de la ciudad de Dios, si no entramos por ellas, no conseguiremos los bienes que buscamos. Dios puede salvarnos por Sí mismo; mas ha querido hacerlo concediéndonos su gracia por medio de María: ¿tendremos que seguir otro camino que el que Dios se ha dignado señalarnos? Entremos, pues, en la ciudad de Dios, en el corazón de la sagrada Virgen, pensando en Ella, amándola con todo el corazón, é imitando sus santísimas virtudes.

Oh ciudad de Dios, hermosísima y alegre ciudad donde muestra el Eterno todos los tesoros de su gracia, y nos enriquece de dones celestiales; hacednos entrar por vuestras puertas; y con Vos

(1) Joann., X, 1-3.

pasemos todos los días de nuestra vida, no como huéspedes y extranjeros, sino como ciudadanos de los santos, y domésticos de Dios; como siervos vuestros é hijos muy queridos que nunca se olvidan de su tierna y amorosa Madre, de la excelsa y amabilísima Señora á quien han consagrado toda su existencia; Señora y Madre que nunca llegará á olvidarlos.

